DE PILLOS Y DRAGONES. DOS CUENTOS DE ANTONIO CASTRO LEAL

Noé Blancas Blancas

(Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP))

noe.blancas@upaep.mx

RESUMEN

En los relatos "El laurel de San Lorenzo" y "El dragón pragmatista", Antonio Castro Leal nos ofrece su visión de la Revolución Mexicana y del positivismo porfirista, respectivamente, que constituyen toda una valoración de la mexicanidad. En el primero, el campesino Genovevo guía a una horda de revolucionarios desbalagados para saquear y ultrajar una pequeña población, al final es castigado con la horca; en el segundo, Aníbal Altozano, un estudiante de Filosofía, pretende, mediante el dominio de la Lógica, vivir de los tontos. Revolución y Lógica son entonces concebidas por el campesino y el estudiante como una legitimación del pillaje –"adueñarse de lo ajeno para tener [...] lo que tenían los ricos"–, que Castro Leal identifica como un retorcido pragmatismo derivado del Positivismo porfirista. Aún más, como un ultraje a toda idea de nación y a la Filosofía misma –el ideal helénico. Con esta percepción, los dos relatos podrían leerse como la síntesis de la poética del autor y, al mismo tiempo, de la visión nacional de toda una generación.

PALABRAS CLAVE: Crítica literaria, Castro Leal, "Los Siete sabios", mexicanidad, literatura de la Revolución, *pharmakos*.

ABSTRACT

Antonio Castro Leal, in the stories "El laurel de San Lorenzo" and "El dragón pragmatista", offers his vision about Revolución Mexicana and about Positivismo of Porfiriato, respectively, which is a valuation of the "mexicanidad". In the first story, the peasant Genovevo introduces a horde of deserters "revolucionarios" in order to loot and outrage a little town, finally he was hanged; in the second story, a Logic student, Aníbal Altozano, claims, through the domain of the Logic, live off of fools. "Revolución" and

Logic are conceived by the peasant and by the student like a legitimation of pillage –“take over the affairs of others for to have [...] what the rich have”–, that Castro Leal identifies a like mistaken pragmatism derived from “porfiriano” Positivism. Even more, this is an outrage for any idea of nation and for the Philosophie self –the Hellenic ideal. With this perception, both stories could be read like a synthesis of the poetic of the author and, at the same time, of the national vision of a whole generation.

WORDKEYS: Literary Criticism, Castro Leal, The “Siete Sabios”, “Mexicanidad”, Literatura Of Revolution, *Pharmakos*.

INTRODUCCIÓN

De la narrativa de Antonio Castro Leal,¹ sólo dos cuentos, “El laurel de San Lorenzo” y “El dragón pragmatista”, cuentan acciones que se desarrollan en un ambiente mexicano; rural, el primero, y capitalino, el segundo.² El primero relata un acontecimiento revolucionario: el ajusticiamiento fuenteovejunesco de un campesino culpable del ultraje que sufre un pueblo a manos de una tropa revolucionaria, narrado por un comerciante español. El segundo es una divertida crítica al positivismo porfirista de la Escuela Nacional Preparatoria, y a su inutilidad disfrazada de pragmatismo.³ Probablemente, el estilo, de Castro Leal, entendido como la visión trascendente de un autor –su poética, para decirlo con un término apropiado a sus convicciones–, deba buscarse precisamente en estos relatos.⁴

La proporción nacionalista resulta también exigua, sobre todo, tratándose de un miembro de una generación preocupada prioritariamente en el tema del espíritu de lo mexicano (ver Calderón Vega, 1972; y Krauze, 1985). Sin embargo, esta muestra constituye toda una visión de la literatura mexicana por parte de su generación: la crítica a los excesos y la ausencia de objetivos de la Revolución Mexicana, instaurada luego como discurso nacionalista; la crítica al positivismo y al encajonamiento de la filosofía.

De ser esto así, quizá el análisis de estos textos, tarea que ahora pretendo esbozar, en general desairada a lo largo del siglo pasado, revele,

asimismo, no sólo la percepción de la literatura, la historia y la filosofía de la época por parte de una generación evidentemente crítica y visionaria, sino también ciertos matices de la realidad de esos años, cuya influencia aún nos marca.

"EL LAUREL DE SAN LORENZO". LA NOCHE ESPIRITUAL

El texto podría entenderse como un recuento de la Revolución Mexicana, resumido en un trágico acontecimiento vivido por un español más como testimonio que como actor de los hechos. Si bien, relata –en primera persona y a muchos años de distancia– sólo una de sus aventuras, el que se trate de un hombre que ha vivido toda la Revolución, “desde los primeros levantamientos en el norte de la República hasta las últimas batallas en los alrededores de Celaya”,⁵ hacen de esa aventura una síntesis nada casual del movimiento.

La percepción del narrador coincide en gran medida con la que tuvieron de la Revolución Los Siete Sabios e incluso algunos ateneístas, como Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso: “noche espiritual” le llamó Manuel Gómez Morín (ver Calderón Vega, 1972: 16); “desquiciamiento infernal”, Antonio Caso en una carta que dirigió a Reyes (ver Krauze, 1985: 59).

Pero al mismo tiempo, existe la convicción de que después del caos – y precisamente producto de ese caos–, resurge –según Gómez Morín y según lo plantea también el cuento– la idea de un nuevo México (Gómez Morín, 1972:8).

Así, sin ser del todo optimista, pero tampoco escéptico, Castro Leal elabora una crítica serena de la Revolución, sin mitificarla ni condenarla gratuitamente.

La aparición del movimiento armado se da, en San Lorenzo, el pueblo donde ocurre la historia, como una “larga noche de saqueos” y violaciones; noche ciega, protagonizada por forajidos y salteadores de caminos que parten al amanecer, como si no les fuera dada la luz del día para sus atropellos: el día, sobre todo el amanecer, es propicio para la mayoría de los hechos y sólo las tropas revolucionarias se sirven de las sombras para actuar.

Desde el asalto que sufre el gachupín, Liberto Urraza, en su carro de ferrocarril, a manos del general Chávez, antes de llegar accidentalmente a San Lorenzo, los revolucionarios están asociados con la noche. Durante el asalto, en el que Urraza pierde, además del ferrocarril, el anular izquierdo, en su afán por retrasar el saqueo, "el tren corría entre las sombras de la noche acercándose cada vez más a su destino". Y después de que el general Chávez perdió la apuesta, la misma locomotora se vuelve oscura y se pierde en la noche: "Me quedé de pie, en la oscuridad, en aquel lugar desamparado. El tren, apagadas las luces, se hundió en la sombra".

La suerte que corre el carro de Urraza, conducido por la gente del general Chávez, es el destino que Castro Leal adjudica a la Revolución. E incluso, en ese afán de identificar los hechos armados con la oscuridad, cae en una imprecisión en cuanto al tiempo que permanecen los 300 hombres desbalagados de Villa en San Lorenzo. Al principio, nos dice que "Una madrugada [...] resonaron en la plaza galopes de caballos, balazos y gritos salvajes (Castro Leal, 1984: 25).

Lógicamente, la madrugada es la última parte de la noche, prácticamente el comienzo del nuevo día, antes del alba. Pero el narrador, sin aclarar si los revolucionarios permanecieron sólo unas cuantas horas – las que faltaban para que amaneciera por completo– o todo un día con su noche, agrega que: "Fue una noche terrible de saqueo, asesinatos y violaciones". En las sombras de esa noche larguísima se oían tiros, imprecaciones, quejas, gritos, maldiciones (Castro Leal, 1984: 26).

No podemos saber si a esa misma madrugada en que los revolucionarios llegaron le llama "noche larguísima" o se trata de la noche después de todo un día de disparos. Todo parece indicar que los "trescientos forajidos" no asaltaron el pueblo por la madrugada, sino por la noche. Quizá, Castro Leal quiso enfatizar la idea de madrugada para aludir al principio de siglo, cuando ocurre el levantamiento de armas, y por eso en el relato madrugada y "noche terrible de saqueo" son la misma cosa, usando la figura de la noche sólo para acentuar la confusión.

Al fin de cuentas, los atropellos tienen lugar en la oscuridad, no a la luz del día.

Este uso cercano y hasta ambiguo de noche y madrugada no es, sin embargo, un descuido ni una casualidad: la concepción de Castro Leal –

como la de Los Siete Sabios– respecto de su generación, es que viven el principio de una nueva era, según afirma en su ensayo “Nuestro tiempo”, incluido en el volumen *Repasos y defensas*:

Una era en que nuestra acción es más amplia, de mayores consecuencias y de mayor responsabilidad de lo que ha sido en el pasado. El destino del hombre, del hombre en todos los lugares de la tierra, está en las manos del hombre de nuestro tiempo (Castro Leal, 1987: 326).

Gómez Morín ha llamado a su generación, la de 1915, “generación eje” (1972: 24).

En el relato, la partida de la tropa de los 300 “forajidos” marca el comienzo de la reconstrucción del pueblo y comienza también el castigo para Genovevo –el causante del ataque–, castigo que se corona con el ajusticiamiento del campesino. Acciones que se desarrollan durante el amanecer o durante el día.

Después de la Revolución –parece decirnos Castro Leal–, en México debe amanecer, con una luz rosada, encendida bajo el blanco “como en la flor del durazno” (Castro Leal, 1984: 34).

Por eso el color del caballo que sirve para la ejecución de Genovevo es “un rosillo flor de durazno”, el mismo que lleva al gachupín a San Lorenzo y cuyo color era resaltado por “la luz rosada del amanecer” (Castro Leal, 1984: 18); la misma luz que hace brillar el anca del mismo caballo el día de la ejecución. Como si la muerte de Genovevo significara un amanecer para el pueblo.

El amanecer está siempre asociado con el recomienzo, con la vida nueva, desde la salida de Urraza de su pueblo de España: “Un buen día salió del pueblo con la gorra sobre la oreja, acinturado en su faja roja, sus alpargatas nuevas y unas cuantas pesetas en el bolsillo”; y su vida al llegar al México: “Muchos años durmió sobre el mostrador de la tienda, levantándose a las cuatro de la mañana, a barrer y sacudir...” (Castro Leal, 1984: 8). La madrugada es necesaria en el camino a la prosperidad. Igualmente, Urraza, después de haber perdido su tren, llega a San Lorenzo una mañana, guiado por Genovevo, y recomienza una vez más su negocio.

Es, asimismo, durante la mañana cuando se celebran los matrimonios de las mujeres ultrajadas durante el ataque revolucionario, con lo que ya nadie sabe quiénes fueron violadas y quiénes se casaron por solidaridad. La ejecución de Genovevo ocurre también durante una mañana, y a partir de ahí el pueblo recomienza su vida pacífica.

Para Castro Leal, pues, debe amanecer. Pero no sin antes haber ajusticiado a los causantes no de la Revolución sino de los desastres sufridos por el país durante el movimiento armado. Para él, existen culpables directos de las mujeres violadas, de las iglesias destrozadas, de los asesinatos, los saqueos. Pero esa culpa recae en los mismos indios, en ese "furor que corre en las entrañas del mexicano" –y que Gómez Morín llama "herencia de Huitzilopochtli" (1972: 25); un furor que en el relato se comparan con los hilillos de "esas corrientes escasas que mojaban el fondo de las cañadas":

Así de pequeño, de manso, de inofensivo. Pero en las crecientes, el agua sube hasta la falda del cerro, y esas cañadas, donde el torrente ha dejado muy alta su huella de musgos resecos, muestran la cólera impetuosa de esas aguas mansas (Castro Leal, 1984: 18-19).

La "huella de musgos resecos" es una elocuente comparación a la huella que dejan los "forajidos" en San Lorenzo: "Por todas partes boñiga e inmundicias, y entre la cantina y el centro de la plaza, una media docena de cadáveres" (Castro Leal, 1984: 27).

Pero Castro Leal también atribuye esa fuerza devastadora, ciega, a la idea que de la Revolución tenían los indios: "Para él [Genovevo] Revolución quería decir adueñarse de lo ajeno para tener –'a como diera lugar'– lo que tenían los ricos". Por lo que: "Aguardaba con visible impaciencia el incidente que lo pusiera en condiciones de vivir de la Revolución. Era como una deuda que el país tenía con él" (Castro Leal, 1984: 20).

Así, nuestro "sabio" no condena la Revolución en sí –"la Revolución tiene que cambiar la vida de los pobres"– sino "los crímenes y asaltos cometidos por las hordas que se cobijaban bajo la bandera de la Revolución" (Castro Leal, 1984: 24).

Es significativo que en el momento del ataque, la tropa no esté siquiera compuesta de revolucionarios, sino de "trescientos forajidos, resto de un batallón villista deshecho por tropas del general Obregón", "ya sin la responsabilidad que tenían como fuerzas regulares de un ejército". Se trata de un grupo convertido en gavilla de bandidos, que se había dispersado "sin más propósitos que enriquecerse con los bienes del prójimo" (Castro Leal, 1984: 25).

Por otra parte, el pueblo donde ocurre la tragedia tiene el nombre de San Lorenzo sólo simbólicamente, pues bien podemos entender San Lorenzo como México, principalmente por dos razones: cuando el gachupín es conducido por Genovevo al pueblo, en medio de aquel paisaje "me puse a pensar en México" (Castro Leal, 1984: 18), y al recordar su llegada a México, prácticamente repite esa travesía:

El pueblo a donde íbamos se defendía del viajero. Pero no con serranías abruptas, ni con barrancas y acantilados. Iba poniendo delante de nosotros, como hacen los mexicanos, un cortés pretexto. Uno tras otro. Trasponéis una loma y, después de una planicie toda cortesía, otra loma accesible, amable. Y así, loma tras loma, hasta que al fin os fatigáis. Hay que comprender esa negación hecha de concesiones incompletas, que disfrazan tan bien la resistencia y la tenacidad (Castro Leal, 1984: 18).

Asimismo, el nombre de San Lorenzo es un nombre al azar, es el nombre del santo del día en que se cuenta la historia. Así que bien podría ser San Juan o San Miguel o cualquier otro nombre, cualquier otro día. O todos los días. El pueblo, cuyo nombre es disfrazado y que finalmente queda en el anonimato, puede ser el de cualquier pueblo, o de todos los pueblos. Todo México.

Y su aislamiento, que era tal que la Revolución, "después de las entradas de Obregón y Villa, parecía haber olvidado a aquel villorrio tan fuera de las rutas estratégicas que ligaban a las principales poblaciones de la región" (Castro Leal, 1984: 22), y donde "la vida, como en tantos otros pueblos del interior de México, parecía haberse detenido en el tiempo" (Castro Leal, 1984: 23)—, recuerda el "exilio interior" en que quisieron vivir

Castro Leal, Julio Torri, Carlos Díaz Dufoo hijo, Mariano Silva y Aceves por 1915, en la época carrancista. Entonces, ellos

pensaron alquilar una casa alejada de la ciudad, en San Ángel tal vez, para aprender griego, dialogar y leer. Se declaraban aquello que Castro Leal predicaba a Díaz Dufoo: "enemigo declarado del mundo". Eran —recordaba Castro Leal— un grupo de anacoretas; hombres decididos a preservar la pequeña flama de la cultura en medio de los días más violentos de la Revolución. [...] Mucho tiempo después, las memorias de la Revolución que escribía Castro Leal se resumían con estas palabras: "En aquellos momentos en que la Revolución aislaba a la gente" (Krauze, 1985: 60).

De alguna manera, San Lorenzo simboliza también el campo de la cultura en México, asaltado por las revueltas revolucionarias y que Henríquez Ureña describía en 1916 con evidente pesar:

Sobre la hollada alfombra, los destrozados sitaliaes, la biblioteca dispersa, ¿podrá alcanzarse vida fecunda? No sé si en la incomprensible justicia de los dioses haya compensaciones reales cuando la destrucción material es también la destrucción de la vida espiritual (Henríquez Ureña, 1916: 58-59).

Durante esa noche espiritual, recuerda Alfonso Caso, transcurrieron sus estudios, "en medio de todas las dificultades, inherentes a la lucha armada [...]. La ciudad frecuentemente carecía de luz y de agua, y de prácticamente todos los servicios municipales" (ver Krauze, 1985: 62).

Alberto Vázquez del Mercado perdió su cátedra de literatura en la Escuela Preparatoria. Cosío Villegas, al describir su travesía para esquivar la Plaza de Armas en su camino a la escuela, dice que ya estando ahí "comenzaban los tiroteos y a veces se usaban pequeños cañones" (ver Krauze, 1985: 62).

Gómez Morín es el más explícito:

Fue la época en que los salones servían de caballeriza; se encendían hogueras con confesionarios, se disparaba sobre los retratos de ilustres damas "científicas" y la disputa por la posesión de un piano robado quedaba resuelta con partirlo a

hachazos lo más equitativamente posible. La época en que se volaban trenes y se cazaban transeúntes. En que se fusilaban imágenes invocando a la virgen de Guadalupe. En que, con el rifle en la mano, los soldados pedían limosna (Gómez Morín, 1972: 18-19).

San Lorenzo, además de simbolizar México, el campo de la cultura y la vida retirada que soñaba Castro Leal con algunos ateneístas, simboliza también el mundo ideal del "sabio" potosino. Ésta es la descripción de la vida de San Lorenzo:

El pueblo había sido siempre feliz. Vivía de sus campos de tierras feraces. [...] Se sentían en San Lorenzo la moderada prosperidad de un pueblo que vive de la agricultura. [...] Se hacían préstamos cuantiosos sin firmar un papel. Promesas de venta o compromisos de negocios hechos en una conversación ocasional obligaban tanto como el documento más solemne. [...] Ahí se vivía en un mundo limpio y primitivo, que ya va desapareciendo en todas partes (Castro Leal, 1984: 22-23).

Este "mundo feliz", llamado San Lorenzo, fue arrasado, violado, destruido por la tropa de forajidos. Era tan perfecto, que no faltaban la justicia y el merecido castigo a los transgresores de esa felicidad, así como tampoco la solidaridad ante los desastres y la unanimidad de criterio para sentenciar a los culpables. Ahí, los mismos causantes de las desgracias saben autocondenarse; reciben su castigo con pesadumbre pero con docilidad: de rodillas.

El asunto toca también el tema del "chivo expiatorio", quizá más a la manera del traidor que del *pharmakos* griego, pues este último constituye la liberación de culpas a través del sacrificio de un inocente, y Genovevo no es para nada inocente. El narrador le llama heredero de Huitzilopochtli: aquél que, para poder nacer, tuvo que asesinar a sus 400 hermanos, según el mito nahua. Judas que elige vender a su propia sangre abriendo la puerta al enemigo, y elige al final su cadalso –el árbol donde será ajusticiado–, la figura de la Malinche aparece aquí, masculinizada, pero nítida. No es poco significativo que sea un español el que relate la historia. La tragedia provocada sirve después de todo para purgar la mala yerba –Genovevo–, y

para que el pueblo se repliegue en una inusitada solidaridad que debe entenderse literalmente como un renacimiento: las chicas deciden casarse masivamente para que nadie se entere –salvo los respectivos esposos, claro está– de quiénes fueron las ultrajadas.

Tenemos, entonces, antes y después del saqueo, el mundo perfecto que concebía Castro Leal: la tribu del hombre caritativo y honrado, inteligente y tolerante, culto y bien intencionado, el hombre necesario para que la humanidad, según apunta en su citado ensayo “Nuestro tiempo”:

pueda vivir sin angustia, sin temor, sin sobresaltos, sin hambre ni miseria, gozando a lo que tiene derecho; a pasar por el mundo feliz, en interesada contemplación, en amistad con todos los hombres, satisfechas sus necesidades, reducidos sus dolores a lo percedero de la carne y abierto su espíritu a todos los consuelos que redimen de los deleznable de la vida y de la tiranía del tiempo (Castro Leal, 1987: 327).

México, parece decir, Castro Leal, debe amanecer a este mundo.

Gómez Morín da el último pincelazo al cuento: “Pero, si el alba de 1915 ha de llegar a ser pleno día, es menester un campo común, una verdad, un criterio, aunque sea provisional para encauzar y juzgar la acción futura” (Gómez Marín, 1972: 21).

EL DRAGÓN PRAGMATISTA, UNA CARICATURA DE LOS “SABIOS”

El relato es otro de los rostros, si no precisamente de la Revolución, sí de la época: “El laurel de San Lorenzo” es la vivencia rural, la que vivieron los pueblos, la de los forajidos, mientras que “El dragón pragmatista” es la vida de la ciudad, pero sin horrores. La época de la Revolución vivida en las aulas, aunque no alude precisamente el aspecto ideológico. Es más bien una especie de caricatura de la época. Una mirada a la vida escolar –ni siquiera cultural– de esos tiempos.

Aquí nos encontramos a un Castro Leal extremadamente sarcástico: mientras el “Dragón”, Aníbal Altozano, se pelea con los cálculos de la lógica, su madre tiene “cálculos en los riñones”; la filosofía de la época es definida de un pincelazo: “la lógica venía a ser el corazón de nuestra gran época

positivista”, y la traduce en el apotegma “enérgico y preciso: ‘El vivo vive del tonto, y el tonto de su trabajo’ ” (Castro Leal, 1984: 79-89).

Resaltan en el texto las referencias a personajes, lugares y hechos reales: Porfirio Parra (profesor de Lógica), Antonio Caso (también profesor de Lógica), Jesús Urueta, los tres, ateneístas; la Escuela Nacional Preparatoria, la Alameda Central, Bosque de Chapultepec, Plaza de Tarasquillo, Plaza de San Ildefonso, Museo de Historia Natural, Aula Justo Sierra, entre otros.

Estos personajes y lugares, además de recrear el tiempo y lugar en que se desarrollan los hechos, que son precisamente el tiempo y el lugar en el que se conocieron Los Siete Sabios, son aprovechados por Castro Leal para hacer una áspera crítica de la época.

Estas referencias nos dan indicios para situar el tiempo en el que se desarrolla el relato. Comenzaría en 1912, cuando el profesor Porfirio Parra era maestro de Lógica de Lombardo Toledano en la Preparatoria Nacional, y Castro Leal, maestro de literatura universal, quien para ese tiempo ya había publicado su antología *Las cien mejores poesías líricas mexicanas*, en coordinación con los otros “Castros”, como llamaba Henríquez Ureña a Alberto Vásquez del Mercado y a Manuel Toussaint, quienes para 1914 publicaban la revista *Nosotros* (ver Krauze, 1985: 46).

La referencia es clara porque: “Nadie llegó a la primera clase del Dr. Porfirio Parra tan resuelto a aprender a fondo, a ‘aguzarse’, a ‘ponerse filoso’, a ser ‘un hacha’, como el Dragón” (Castro Leal, 1984: 83).

Asimismo, los últimos hechos del relato se ubicarían –según las citadas referencias– en 1915, cuando la mayoría de los “sabios” egresa de la Preparatoria e ingresa a la Escuela de Jurisprudencia. Ese año en que Antonio Caso fue electo director de la Escuela Nacional Preparatoria y se ocupó de la mayoría de las cátedras que ahí se impartían: ética, psicología, lógica, problemas filosóficos y sociología (Krauze, 1985: 67), con lo cual consiguió, según Cosío Villegas, que Los Siete Sabios no se desprendieran de la generación del Ateneo (Krauze, 1985: 71) y se convirtió así en “el maestro por antonomasia, primero en el bachillerato, más tarde en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, simultáneamente a mis estudios de derecho, en la Escuela de Altos Estudios” (Krauze, 1985: 72).

Tenemos, pues, un apunte en definitiva contemporáneo a las primeras actividades de Los Siete Sabios, aunque previas a su agrupación formal. No es inexacto afirmar entonces que se trata de un texto-testimonio, aunque en ningún momento autobiográfico, y en apariencia, ni siquiera verídico. Al menos, no encontramos ningún personaje real con las características del "Dragón" en los documentos recopilados sobre Los Siete Sabios. Es más convincente pensar que estamos ante una crítica a la educación de esa época y la reacción de algunos de los estudiantes —quizá la mayoría—.

Aníbal Altozano aparece más como un personaje arquetipo que como un compañero contemporáneo a Los Siete Sabios. Es, en sí mismo, la figura de la ironía, pues a pesar de su apariencia de intelectual, de estudiante de Lógica:

Era alto, muy alto, con largas piernas de compás y unas manos enormes. [...]

Patinaba admirablemente, dominando las principales figuras con esa soltura que tienen los que pasaron su niñez en ruedas. [...]

... Usaba lentes, los famosos *pince-nez*, que se prendía a la nariz con un gesto parsimonioso (Castro Leal, 1984: 80-81).

Era un personaje más que simple: "Su lenguaje estaba tejido con expresiones populares y pintorescas, que enriquecía constantemente su prodigiosa invención semántica" (Castro Leal, 1984: 82).

Pero también y, sobre todo, Aníbal Altozano es una buena caricatura. Al describirlo y narrar sus ocurrencias, Castro Leal no repara en ridiculizar conductas, personajes, ideas, doctrinas.

Estamos, pues ante una caricaturización casi total de la época y del mundo estudiantil. Castro Leal no deja títere con cabeza.

Parece que lo que se propuso nuestro "sabio" al crear al "Dragón" fue reunir todos los defectos condenados por su generación y adjudicarlos a una sola persona —para evitar críticas directas—; defectos todos derivados, principalmente, de la improvisación.

Leyendo con un poco de atención, podemos encontrar a algunos de Los Siete Sabios e incluso algunos ateneístas caricaturizados en alguna de las facetas del "Dragón".

Antonio Caso, quien "hacía continuas referencias al egoísmo de la ciencia, predicando en cambio la bondad de la intuición" (Krauze, 1985: 93), está presente cuando Aníbal Altozano, después de "tronar" su examen de Lógica, condena a ésta y declama: "Sobre el enjambre casuístico de las finalidades escolásticas o materialistas [...], la flecha encendida del implacable instinto" (Castro Leal, 1984: 97).

Asimismo, Gómez Morín, con su facilidad de discurso, y quien hablaba sólo "en ocasiones especiales y solemnes", aparece en la prontitud para la palabra del "Dragón":

Tenía fácil palabra y aprovechaba cualquier ocasión para lanzar un discurso. Era con frecuencia el orador oficial de campañas políticas dentro y fuera de la ciudad. [...] Todo lo que leía lo incorporaba inmediatamente a su tesoro de recursos oratorios; unas veces eran ideas y otras, simples adornos deslumbrantes, hechos de palabras lapidarias con el nombre de algún autor notable. Cuando Jesús Urueta puso de moda las citas griegas, Aníbal Altozano lo imitó incontinenti (Castro Leal, 1984: 82).

Obviamente, las actitudes de Aníbal no son *exactamente* las del personaje que Castro ridiculiza, sino que están exageradas y distorsionadas, pues de lo contrario se trataría de copias fieles; sin embargo, no es difícil reconocer las alusiones.

Al criticar la Lógica positivista de aquellos años, se refiere también hacia la posición pragmática de su generación, atribuyendo a este pragmatismo fines tan simples como risibles. Y en esto se da vuelo:

Estudiar Lógica era graduarse de animal racional. Los demás, los que nunca la habían estudiado, eran racionales por casualidad. Pero para el Dragón la Lógica no sólo era el coronamiento del bachillerato, sino un arma poderosa en la lucha por la vida. [...] La veía como un amuleto mágico capaz de cambiar, para su beneficio, el rumbo de la vida. Si aprendía Lógica podría vivir, en lo futuro, de los tontos; y si no, tendría que vivir –por más duro que esto fuera– de su trabajo.

la humanidad se divide en tres clases: los teológicos, los metafísicos y los positivos [...].

Todos los que le prestábamos dinero pertenecíamos, en cambio, a la era positiva.

[...] ¿qué derecho tenía Antonio Caso de hacernos pensar cuando los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria habían aprendido siempre la Lógica sin reflexionar? (Castro Leal, 1984: 80-92).

Si caricaturiza a su generación, ¿por qué no hacerlo también con los ateneístas? De ellos señala su afición griega: "¿No es correcto decir el señor Aristóteles, el señor Sócrates y el señor Platón? Por mostrar cortesía con la antigüedad se me amoscaron los contemporáneos" (Castro Leal, 1984: 93).

Es obvio que el reverencial "señor" no es más que una mala pasada del "Dragón"; y si no, veamos cómo después antepone el mismo reverencial a las "cucurbitáceas", que era el nombre con el que los estudiantes llamaban a ciertas señoras "fácilmente aseguibles en el mercado del placer":

Lo del señor Aristóteles y lo del señor Sócrates le cayó en gracia a la Santísima Trinidad y me empezó a preguntar: —"¿Sabe usted si el señor Ornitorrinco está emparentado con las señoras Papaveráceas?". [...] —¿Conoce usted a las señoras cucurbitáceas?" (Castro Leal, 1984: 95).

Pero no se trata de una ridiculización de la cultura griega (o de la "señora" cultura griega), ni siquiera de la afición que experimentaron los ateneístas. Tan no es así, que el mismo nombre que adoptó esta generación fue la de los Siete Sabios, en evidente alusión a los Siete Sabios de Grecia.

Castro Leal se burla más bien de quienes hicieron de esa afición una moda ridícula:

Los estudiantes del Estado de Chiapas, cuyo nombre pertenecía a la época más brillante de la historia griega y sus apellidos a las más remotas provincias vascongadas (Sócrates Lizárraga, Homero Incháustegui, Platón Larrañaga) (Castro Leal, 1984: 90).

O a quienes, sin saber nada de la cultura griega, como el "Dragón", presumían de cultos aludiéndola sin causa justificada:

A él se atribuye aquella frase, que remató elegantemente con un famoso nombre helénico:

—... el candidato brilla por sus virtudes, y se destaca como una bandera sobre el horizonte, y ya sabemos —señores— que la virtud redime al hombre y salva a las sociedades, como dijo... el Partenón! (Castro Leal, 1984: 82).

Asimismo, Castro Leal no condena las actitudes en sí, sino la exageración en alguna de ellas, lo cual no era frecuente entre Los Siete Sabios ni entre los ateneístas. Es decir, el "Dragón" es como una advertencia del riesgo que corría su generación y la del Ateneo, de no haber sido extremadamente precavidos.

Así lo entendemos en la sentencia de Aníbal hacia la Lógica, anteponiendo lo pragmático a todo:

¿Te apuesto a que el compañero Espíritu Santo no sabe conocer un buen melón? Y todo ese escándalo por las cucurbitáceas. ¿Para qué le sirve saber lo que son las cucurbitáceas si cuando compra un melón se lo dan verde? Ni siquiera lo ha de saber partir. Y se indigesta con el melón verde mientras se tutea mentalmente con la distinguida familia de las cucurbitáceas. Hay que buscar lo positivo; pero no con silogismos —agregó como escaldado—. Intuición, la intuición es lo que vale (Castro Leal, 1984: 96-97).

Justifica aquí la actividad intelectual del Ateneo de la Juventud tanto como la actitud pragmática de La Generación de 1915, pero sin estigmatizarlos como "intelectuales" o "pragmáticos". Por eso se pregunta: "¿Para qué le sirve saber lo que son las cucurbitáceas si cuando compra un melón se lo dan verde?". Para Castro Leal, pues, el conocimiento por sí mismo no sirve para nada; pero sus utilidades no se reducen tampoco a las necesidades apremiantes. Por eso el "Dragón" fracasa en su concepción de la Lógica y —*lógicamente*—, reprueba la materia:

La veía como un amuleto mágico capaz de cambiar, para su beneficio, el rumbo de la vida. Si aprendía Lógica podría vivir, en

lo futuro, de los tontos; y si no, tendría que vivir —por más duro que esto fuera— de su trabajo (Castro Leal, 1984: 80).

Sus silogismos mal planteados y sus dobles sentidos no podían servir para más. En el "Dragón" la Lógica no tenía, de hecho, ninguna utilidad.

Así pues, la crítica de Castro Leal no va en contra El Ateneo de la Juventud, ni en contra de Los Siete Sabios, ni en contra de la Lógica, como podría parecer en un principio, sino en contra del pragmatismo exacerbado (iy de eso hace un siglo!) y de la vulgar creencia que la Lógica, la Filosofía y cualquier otra ciencia, de no eximirnos de vivir de nuestro trabajo, son saberes fútiles.

Por otra parte, no es nada raro encontrar este afán por lo pragmático en "El Dragón pragmatista", quien, como luego vemos, no tiene nada de pragmático, pues ni siquiera logra aprobar un examen y quien, por otro lado, para conseguir beneficios no usa sino enrevesadamente a la Lógica – no la usa, la desusa. Nada raro, este afán, cuando fue Castro Leal, con Alberto Vázquez del Mercado, quienes, en septiembre de 1916, forman la Sociedad de Conferencias y Conciertos, que venía a continuar la labor del Ateneo de la Juventud, y cuyo único fin era "propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad de México" (en Krauze, 1985: 74). Es decir, no el conocimiento por el conocimiento, sino conocimiento antecediendo a la actividad.

Además, y a diferencia de los ateneístas, cuyas conferencias abordaban temas puramente artísticos, Los Siete Sabios trataron asuntos sociales: el socialismo, sindicatos, instituciones democráticas, asociaciones obreras.

Vale recordar también la actitud de Castro Leal ante la literatura: antes que dedicarse de lleno a la creación, está más preocupado por elaborar una colección completa de escritores mexicanos. Actitud que comparte todo el grupo.

¿Cómo podría, entonces, este "sabio" condenar el pragmatismo? Más bien, "El Dragón pragmatista" es precisamente lo que no quisieron ser ni fueron Los Siete Sabios. Castro Leal es explícito cuando el "Dragón" llega a casa del narrador, de quien no sabemos gran cosa pero cuyo lenguaje es de lo más sarcástico, a contarle cómo había reprobado el examen. "No me

sorprendió”, dice. O lo que es lo mismo: El “Dragón” nunca tuvo la razón ni aprendió Lógica. Su pragmatismo no tenía límites y por tanto no era un pragmático, sino un “vivo”, obsesionado por vivir de los tontos que viven de su trabajo: Estaba equivocado.

CONCLUSIONES

Aunque por vías distintas y con temáticas aparentemente excluyentes, en uno y otro relato, Antonio Castro Leal pone bajo la lente dos posturas –la de Genovevo y la del Dragón Pragmatista– que pueden fundirse en una sola: una falsa pragmática. Por un lado, Genovevo ve en la Revolución la oportunidad de “adueñarse de lo ajeno para tener –‘a como diera lugar’– lo que tenían los ricos”; para él, el movimiento armado constituía una oportunidad para “vivir de la Revolución”: “Era como una deuda que el país tenía con él” (Castro Leal, 1984:20). Por otro lado, el Dragón –véase lo malicioso del término en cuanto lo comparamos con el peyorativo aplicado a los viejos políticos: “dinosaurio”– ve en la Lógica la gran oportunidad de “vivir del tonto”, en oposición a “vivir del trabajo”.

Castro Leal atribuye, pues, ambos males, la Revolución ciega –“noche espiritual”– y la ignorancia, a la “herencia de Huitzilopochtli”, es decir, el lado oscuro de la mexicanidad que sólo en el sacrificio ajeno puede concebir el beneficio propio: la felicidad.

Por ambos lados vemos sacrificio, trágico en el primer caso –todas las mujeres casaderas deciden contraer matrimonio para que nadie sepa quiénes fueron violadas–; económico en el segundo –sólo quienes le prestan dinero al Dragón, sin ilusión de pago, eran considerados “positivistas”–; y por ambos lados, se trata de una apuesta en pos del bien común.

La visión de Castro Leal en estos dos relatos da cuenta de la visión de toda una generación: la “noche espiritual” es el escenario para el pillaje por parte de “vivos” –revolucionarios o dragones– que, en pos del positivismo ultrajan mujeres y ciencia creyendo saldar la deuda que el Hombre tiene con ellos. No es el Positivismo –ni nacionalista ni científico– al que Castro Leal apuesta, sino a la solidaridad heroica y al conocimiento desinteresado: en una palabra, a la Atenas azteca.

BIBLIOGRAFÍA

Castro Leal, A. (1917). "El obstáculo"; "La ausencia", *Pegaso* (15-21 de junio), pp. 4-5.

Castro Leal, A. (1959). *El laurel de San Lorenzo*. México: FCE.

Castro Leal, A. (1984). *El imperialismo andaluz y otras historias*. México: SEP/FCE (Lecturas Mexicanas).

Castro Leal, A. (1987). "Nuestro tiempo", en *Repasos y Defensas. Antología*, nota preliminar de Salvador Elizondo; selección de Víctor Díaz Arciniega. México: FCE (Letras mexicanas).

Diccionario de Escritores Mexicanos.

Gómez Morín, M. (1972). "1915", en Calderón Vega, L. (1972). *Los siete sabios de México*. México: Jus.

Henríquez Ureña, P. (1916). "*Lacrimae Rerum*", *Vida Moderna*, 13 de julio, citado en Krauze, 1985: 58-59.

Krauze, E. (1985). *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: SEP/Siglo XXI/Dirección General de Publicaciones (Cien de México).

¹ La obra literaria de Castro Leal, muy escasa ante su obra crítica, fue reunida por él mismo en el volumen *El laurel de San Lorenzo* (Castro Leal, 1959), que después reeditaron la SEP y el Fondo de Cultura Económica en su colección de Lecturas Mexicanas, bajo el título de *El imperialismo andaluz y otras historias* (Castro Leal, 1984), excluyendo dos cuentos –"La literatura no se cotiza" y "Una historia del siglo XX"–, que el *Diccionario de Escritores Mexicanos* cataloga erróneamente como ensayos. Existen, además, dos relatos, "El obstáculo" y "La ausencia", que aparecieron en 1917 en la revista *Pegaso* (Castro Leal, 1917), y que no fueron incluidos en ningún volumen de cuentos.

² Los relatos "Adriana", "El espía del alma", "Un día de sol en otoño", "El cazador del ritmo universal" y "El coleccionista de almas" aluden a México en algún momento, pero basta omitir tal alusión para que el ambiente pierda nacionalismo. Un cuento más, "El Príncipe Czerwinski", se ubica explícitamente en Polonia. Varsovia, para ser exactos. Asimismo, "La literatura no se cotiza" y "Una historia del siglo XX" –excluidos por la colección Lecturas Mexicanas–, se ubican, uno en Estados Unidos y el otro en un país del futuro.

³ “Un día de sol en otoño” y “El cazador del ritmo universal” también formulan esta crítica al positivismo.

⁴ El relato “Adriana”, por demás interesante, también podría considerarse como piedra de toque del estilo narrativo de Castro Leal. Aquí, el miembro de “Los Siete Sabios” aprovecha la ambigüedad para tejer su historia, que no es una historia de amor, pero sí de una pareja; no construye un arquetipo femenino, pero sí una mujer –Adriana. Si bien, no cuenta más que la disolución de un compromiso matrimonial, el simbolismo del nombre femenino, por un lado, enlaza al relato con el mito griego –invirtiéndolo: bien puede leerse como una versión de “cómo el Minotauro abandona el laberinto”–; y por el otro, se vincula íntimamente con la generación de El Ateneo de la Juventud, cuya influencia helénica es paradigmática.

⁵ Castro Leal, “El laurel de San Lorenzo”, en *El imperialismo andaluz, op. cit.*, p. 34 (en lo sucesivo, usaré *IA* para referirme a este libro, agregando la respectiva página).